

Razones para perseverar en la fe (Primera parte)

**Por los sufrimientos que padecieron con paciencia y firmeza al inicio de la vida
cristiana**

Hebreos 10:32-39

Introducción:

Luego de exponer los versículos 26 al 31 en la iglesia donde por la gracia del Señor estoy sirviendo, algunos hermanos se me acercaron y me expresaron su agradecimiento por hacerles temblar con esta Palabra tan penetrante, pero pude ver en sus rostros gran preocupación y tristeza, lo cual es resultado de una exposición bíblica con un contenido tan duro y confrontador.

Sé que esta preocupación y este temblor glorifican al Señor porque nos lleva a tomar más en serio las demandas del Evangelio. No obstante, no sería conforme al mismo evangelio si les dejara con este gran peso puesto por esta exhortación de Hebreos, sin que les lleve al consuelo que tenemos en Cristo y especialmente, sin ver lo que Su gracia obra en nosotros.

Uno de los problemas serios que encuentro en algunas predicaciones que se escuchan sobre Hebreos 10:26-31 es que se presenta de tal manera que los creyentes quedan convencidos que su salvación es por obras. Que su entrada al cielo depende casi exclusivamente de lo que ellos hagan. Que si llegan a descuidarse un solo momento en su salvación, entonces todo habrá fracasado.

Esta es una carga muy pesada que no corresponde al Evangelio de Cristo. Esta clase de predicaciones por lo general conducen al moralismo, y de éste, se pasa al legalismo. En consecuencia, la fe cristiana se convierte en un hacer humano, en un esfuerzo humano para llegar al cielo. Pero la Palabra de Dios es clara al respecto, y ella nos deja ver que ningún esfuerzo humano será lo suficientemente perfecto como para lograr que Dios sea agradado. Ninguna obra que haga el hombre alcanzará los estándares de la santidad divina como para que Dios sea movido a aceptarlo. De allí que el apóstol Pablo declara con gran fuerza *“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”* (Ef. 2:8-9). Lo único que Dios demanda del hombre para que alcance la salvación es que deposite su fe y confianza solamente en el

sacrificio de Cristo. Pero siendo que los hombres están “...muertos en sus delitos y pecados” (Ef. 2:1) y por lo tanto no pueden tener fe en el Salvador, entonces el Señor mismo otorga el don de la fe, a través de la regeneración o el nuevo nacimiento, a los pecadores que estaban muertos, y así estos pueden creer plenamente en Cristo, alcanzado su salvación eterna. Ninguna obra humana es aceptada ante Dios como para dar salvación, solo la obra de Cristo es suficiente para salvarnos. Así que, si hemos creído solamente en la suficiencia del sacrificio de Cristo para nuestra salvación, entonces somos salvos, sin necesidad de ninguna obra adicional.

Al declarar esto alguien puede decir “¿Entonces ya no tenemos que hacer nada? ¿Entonces podemos pecar a nuestro antojo y de todas maneras seguiremos siendo salvos?” Hermanos no nos confundamos al respecto. Tenemos una tendencia pecaminosa a usar la gracia como licencia para andar en nuestras maldades y satisfacer los deseos de la carne. Pero recordemos las palabras del apóstol Pablo “*porque si vivís conforme a la carne, moriréis...*” (Rom. 8:12).

La gracia del Señor no es barata. Es gratis, sí, pero no barata. Su gracia no solo nos garantiza la entrada al cielo, sino que en esta tierra nos capacita para andar en santidad. Si creo estar bajo la gracia de Dios, pero no hay progresos en mi santificación y las obras que hago no expresan la santidad de Dios, entonces no tengo derecho para decir que mi destino eterno será el cielo. El apóstol Pablo luego de decir que somos salvos por gracia, no por obras, afirma “*Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas*” (Ef. 2:10). Tener la gracia de Dios en el corazón, ser salvo por Cristo, tiene como consecuencia el que, esta misma gracia, nos lleva a ser responsables ante el Dios Soberano, y no nos deja andar tranquilos en nuestros pecados, sino que por el contrario, esta gracia utiliza distintos medios para irnos moldeando conforme a la imagen de Cristo, de manera que cada día mortificamos en nosotros lo que no pertenece al carácter de Cristo y vamos cultivando obras de santidad y amor. Pero para que nadie se gloríe, y piense que con su esfuerzo ayudó en algo a su salvación, el apóstol declara que nuestro progreso en la santificación, que nuestra perseverancia en la fe, que nuestras buenas obras que glorifican al Señor y hacen

evidente la obra de salvación que el Señor efectuó en nosotros, no es de nosotros, sino de Dios, pues, este progreso en la fe fue preparado de antemano por Dios para nosotros.

Volvemos a las paradojas que tanto nos confunden. Soy responsable de andar en buenas obras, pero estas no son mías sino de Dios en mí. Debo mantenerme firme en la fe, pero esta es obra de Dios en nuestros corazones. Debemos creer en Cristo, pero la fe es un don de Dios. ¡Qué confusión!, diría alguno. Pero este es Dios, un ser complejo para hombre complejos. Tratar de evitar estas paradojas e irnos por un solo rumbo, sería tratar de sacar a Dios del plan redentor.

El apóstol Pablo exhorta a los Filipenses para que se ocupen en su salvación con temor y temblor (Fil. 2:12). El autor del libro a los Hebreos nos hizo temblar con esta exhortación del capítulo 10, así como Pablo quiere que todos los creyentes tiemblen por su salvación. Pero luego dice *“porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad”* (Fil. 2:13). Esta es la doble perspectiva que siempre debemos mantener: Somos responsables de obedecer los mandamientos de Cristo, somos responsables de perseverar hasta el fin, pero esta responsabilidad será siempre bajo el poder de la gracia. Sin esta gracia, entonces no podríamos hacer absolutamente nada. Debemos ocuparnos en nuestra salvación, pero Dios es el que nos da la gracia para querer y hacer las cosas que identifican a los salvos. Gloriosa verdad que nos hace temblar, pero no nos lleva a la desesperación, sino que nos consuela, sabiendo que Dios está trabajando en nosotros y terminará la obra que empezó. *“estando persuadido de esto, que el que empezó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”* (Fil. 1:6).

Ahora, el autor de nuestra carta, luego de dar una exhortación tan terrible a sus lectores, procede, como buen pastor, a animar a estos creyentes, con el fin de que no caigan en un desconsuelo profundo, sino que, en medio de su temor y temblor, vean cómo la gracia de Dios está obrando en ellos, como ha obrado en el pasado, y cómo podrá obrar en el futuro, de manera que ellos perseveren hasta el fin en la fe cristiana.

En los versos 32 al 34 el autor les anima a perseverar, mirando hacia atrás en su vida cristiana, y viendo como el fruto de la perseverancia se evidenció cuando ellos sufrieron

con gozo los desprecios y persecuciones que les vinieron por su fe en Cristo y no se apartaron.

Y en los versos 35 al 39 les anima a continuar confiando en el presente, sabiendo que si permanecen con esa misma confianza que mostraron en las épocas de dificultad y oposición, entonces recibirán una gran recompensa.

Analicemos estos versos, y quiera el Señor fortalecer nuestros corazones temblorosos, concediéndonos afirmar nuestra fe y elección, para que así continuemos firmes, sin desmayar, sin mirar atrás, en esta senda que nos conduce a la Santa Sión.

v. 32 *“Pero traed a la memoria los días pasados, en los cuales, después de haber sido iluminados, sostuvisteis gran combate de padecimientos; por una parte, ciertamente, con vituperios y tribulaciones fuisteis hechos espectáculo; y por otra, llegasteis a ser compañeros de los que estaban en una situación semejante”*

“Pero traed a la memoria los días pasados”. Nuestro autor pide a sus lectores, los cuales han estado siendo presionados para abandonar la fe cristiana, que hagan un ejercicio mental y emocional. Es necesario que ahora recuerden, como si fuera ayer, los días pasados. Los seres humanos no olvidamos fácilmente momentos o situaciones de mucho dolor o conflicto, casi siempre quedan fijos en nuestra memoria, hasta la muerte. Pero este “traer a la memoria” no es solo un simple recordar, sino que el propósito es encontrar en este recuerdo una motivación sólida para que ellos continúen en la misma actitud que les caracterizó al principio. Este principio de la vida cristiana de los creyentes hebreos es denominado “iluminación”. En el capítulo 6 verso 4 el autor ya había hablado en los mismos términos. Cuando una persona es traída por Dios a la fe en Jesús, lo primero que se da en él es una iluminación. Todo hombre nace en la oscuridad del pecado, y como dice Pedro, los creyentes son trasladados de la tinieblas a la luz admirable (1 Pedro 2:9). Esta luz espiritual y mental viene a las personas solo por obra del Espíritu Santo

¿Qué es lo que ellos deben traer a la memoria? *“Pero traed a la memoria los días pasados, en los cuales, después de haber sido iluminados, sostuvisteis gran combate de padecimientos”*. Suele suceder que cuando una persona es iluminada por el Espíritu Santo, y es convencida de su pecado, de su maldad y su enemistad para con el creador, de manera

que viene a los pies de Cristo y se hace cristiano, entonces, la felicidad y el gozo que producen la salvación, vienen mezcladas con dolor y sufrimiento. Pues, una vez que los amigos, vecinos y la sociedad se entera de este cambio fundamental en la persona, se genera rechazo, burla, y en algunos casos, como en el de los creyentes hebreos, persecución. Estos creyentes, luego de haber sido bautizados (es posible que la palabra “iluminados” haga referencia de manera directa al bautismo, el cual se practicaba en las primeras horas de la mañana, cuando la luz del sol empezaba a clarear el día) sufrieron muchas detracciones. La persecución se desató contra ellos: Fueron excomulgados de la sinagoga, abusados, insultados, despojados de sus herencias y bienes, algunos habían sido maltratados, otros encarcelados, otros muertos apedreados acusados de blasfemia. Aunque no es fácil identificar la localidad donde estaba ubicada la iglesia receptora de la carta, ni la fecha, no es difícil imaginar que las mismas persecuciones que se mencionan en Hechos y las que surgieron luego por acción del imperio romano, también se habían infligido sobre los creyentes hebreos.

Ellos habían *combatido*, como los mejores luchadores del gimnasio, y soportaron los duros golpes que la sociedad, la religión institucional y el Estado les dieron como respuesta por haber puesto su fe en Cristo.

Ahora, este combatir sufriente a causa de la persecución es una muestra de que ellos forman parte del grupo de los que tienen verdadera fe, de los que realmente nacieron de nuevo, y por lo tanto, perseverarán hasta el fin.

Echemos una mirada a la parábola del sembrador, donde Jesús nos muestra las cuatro clases de respuestas que se pueden dar al Evangelio, representadas por las cuatro clases de tierra donde se siembra la Palabra. Siendo solo una de ellas la que representa el corazón donde verdaderamente hay regeneración o conversión.

Una de estas tierras representa al incrédulo que es totalmente indiferente al evangelio (el del camino), las otras dos (pedregales y espinos) representan a las personas que escuchan el evangelio e inician su vida cristiana con mucha emoción, pero que luego, por algunas razones, ellos se apartan y no perseveran en la fe, lo cual demuestra que realmente no eran creyentes, que no habían nacido de nuevo, que no tenían raíz. A esta clase de personas no

se les llama buena tierra, porque sus corazones no habían sido transformados. Su fe era solamente emocional. Mientras que solo de una tierra se habla como buena, porque allí sí hay regeneración. No es una fe superficial ni emocional, sino una fe real producto de la transformación completa y radical del corazón obrado por el Espíritu Santo a través de la Palabra. *“Más el que fue sembrado en buena tierra, éste es el que oye y entiende la palabra, y da fruto; y produce a ciento, a sesenta, y a treinta por uno”* (Mt. 13:23).

Jesús dijo que el terreno pedregoso representa al *“que oye la palabra, y al momento la recibe con gozo; pero no tiene raíz en sí, sino que es de corta duración, pues al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza.”* (Mt. 13:20-21).

Cuando una persona escucha el evangelio verdadero y trata de vivir y comprometerse con él, empieza una hermosa carrera que tendrá su final en la eternidad celestial. Pero esta carrera no está libre de obstáculos. Así como en la alegoría de Juan Bunyan: *“El progreso del peregrino”*, “Cristiano” debe enfrentarse con el collado de dificultades, los leones que prueban la fe, la pelea con Apolión, la feria de la vanidad, el castillo de las dudas, el gigante llamado Desesperación; de la misma manera, los que quieren empezar el camino del evangelio sufrirán grandes pruebas y tentaciones. Estas son necesarias para verificar que la fe sea genuina y no solo emotiva. Y si alguno no persevera en la fe por temor al sufrimiento o la persecución, entonces se comprueba que éste no era buena tierra, no era de los salvos, no era de los regenerados, sino que tenía una fe superficial, vana, y que en él no había salvación.

Pero con los creyentes hebreos, a los que escribe nuestro autor, no había pasado eso. No, todo lo contrario. Ellos, como “Cristiano” en la alegoría de Juan Bunyan, habían sufrido con valentía toda clase de pruebas y cada día se acercaban a la tierra de Beulah, a la Ciudad Celestial. Ellos eran de los que perseveran hasta el fin para preservación del alma (Heb. 10:39). Siendo que habían soportado tantas pruebas de su fe, al comienzo de la vida cristiana, entonces ¿cómo es posible que algunos estuvieran pensando en retroceder ahora que estaban más cerca de alcanzar la promesa?

Parece contradictorio, pero, en los momentos de tribulación y pruebas, nuestra fe cobra más fuerza y vigor, mientras que en los tiempos de tranquilidad y comodidad, ella decae y se

corren mayores peligros de dejarse atrapar por el mundo y sus atractivos. Por eso es necesario, que de tiempo en tiempo, la fe de los creyentes sea probada. Algunos falsos creyentes se apartan como consecuencia de la persecución, mientras que los verdaderos creyentes la soportan y su fe crece más vigorosamente. Pero, cuando llegan los momentos de tranquilidad, paz y prosperidad, debemos ser más cuidadoso y estar más atentos en nuestra vida espiritual, ser más vigilantes, porque entonces los deleites y la vanidad del mundo pueden ser de tropiezo para algunos, como en el caso de Demas, quien abandonó la fe “*amando más a este mundo*” (2 Tim. 4:10).

El sufrimiento de los cristianos no solo alegra el perverso y oscuro corazón de Satanás, sino que es usado por la gente mundana como un espectáculo: “*Por una parte, ciertamente, con vituperios y tribulaciones fuisteis hechos espectáculo*” (v. 33). Los impíos se deleitan cuando los santos sufren, pero un día, Dios mismo se reirá de estos malvados y recibirá en su seno a estos amados siervos sufridos, dándoles el consuelo que durará para siempre.

El ser humano, caído en la desgracia del pecado, encuentra deleite en cosas que debieran causar tristeza. Los antiguos romanos se entretenían viendo el espectáculo que daban los gladiadores en la arena, peleando sin parar, derramando la sangre hasta la muerte. Al final, cuando uno había muerto y el otro continuaba con vida, entonces grandes aplausos y risas se escuchaban. Luego, el mismo deleite se disfrutaba con el “espectáculo” que les proporcionaban los “miserables” cristianos que eran arrastrados en cadenas al interior del circo romano, y vestidos con pieles de ovejas eran dejados a merced de fieros leones. La gente se reía de ellos, y disfrutaba este macabro espectáculo. ¡Cuánta maldad hay en nuestras perversas mentes al encontrar una forma de distracción viendo los sufrimientos de otras personas, tal como sucede hoy día en los llamados “reality” de televisión!

Una de las cosas que más humillación causan al ser humano es cuando se somete a la vejación y la ignominia pública. Estos creyentes hebreos habían pasado por esa clase de padecimientos. La sociedad misma se había reído de sus padecimientos. No obstante permanecieron firmes en el camino que habían empezado. Eran verdaderos creyentes.

Pero no solo habían demostrado tener la fe perseverante al sufrir ellos mismos la persecución por causa del nombre de Cristo, sino que también lo habían demostrado al

identificarse con los sufrimientos de otros creyentes: “y *por otra, llegasteis a ser compañeros de los que estaban en una situación semejante. Porque de los presos también os compadecisteis, y el despojo de vuestros bienes sufristeis con gozo, sabiendo que tenéis en vosotros una mejor y perdurable herencia en los cielos*” (v. 33b-34). Cuando un creyente fue llevado a la cárcel, ellos lo acompañaron, no lo abandonaron. Ellos no dejaron morir de hambre o estar desnudos a los que habían sido puestos presos, sino que, a riesgo de también ser encarcelados, visitaron y animaron a los compañeros de batalla que estaban en peor situación, asegurándose, estos creyentes hebreos, un lugar entre aquellos amados por nuestro Señor y Rey Jesucristo, a los cuales les dirá, tal vez con lágrimas de gozo en los ojos: “*Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí. Entonces los justos responderán diciendo: Señor, ¿Cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuando te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos? ¿O cuando te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti? Y respondiendo el Rey les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis.*” (Mt. 25:31-40).

Los creyentes hebreos “estuvieron al lado de aquellos que sufrían la misma hostilidad. Demostraron el amor de Cristo hacia sus compañeros de la iglesia que enfrentaban hostigamiento, maltrato y privación. Los miembros de la congregación se mantuvieron unidos y se ayudaban unos a otros en la hora de la necesidad”¹. Ellos habían practicado el considerarse los unos a los otros para estimularse al amor y a las buenas obras.

Estos creyentes habían demostrado que estaban dispuestos a dejarlo todo por amor a Cristo. Verdaderamente eran discípulos del Maestro. Jesús dijo “*Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame*” (Mt. 16:24). Debido a su fe en Cristo las autoridades les habían quitado propiedades y bienes materiales, y eso no fue obstáculo para que con gozo siguieran sirviendo a su Señor. Ellos experimentaron en carne propia el gozo

¹ Kistemaker, Simon. Hebreos. Página 352

en medio de las pruebas, tal y como lo manda Santiago: *“Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas. Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman”* (Stg. 1:2-3, 12); o como lo había declarado Jesús: *“Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros”* (Mt. 5:10-12); o como lo expresó Pablo *“Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia”* (Ro. 5:3).

El despojo de los bienes, por causa de Cristo, no es motivo de tristeza o angustia para el creyente porque él espera *una mejor y perdurable herencia en los cielos*. “La herencia eterna apartada para ellos era tan real ante sus ojos que podían decir con ligereza adiós a las posesiones materiales, que de todos modos, tenían corta existencia”². Solo aquellos que tienen la verdadera fe pueden mirar con total convicción las bellezas del cielo como algo seguro para ellos, de manera que las cosas terrenas se tornan insignificantes y aún fastidiosas, como algo molesto que tenemos que cargar mientras dure nuestra vida terrena, y no se apegan a ningún bien de este siglo, más aún, están dispuestos a perderlo todo esperando recibir lo que tiene verdadero valor, lo que es eterno y lo que realmente es hermoso.

Aplicaciones:

- Es posible que al escuchar el estudio sobre la apostasía tu corazón haya quedado muy inquieto, pensando que tal vez no eres un verdadero creyente. Pero una forma de saber si eres o no creyente consiste en mirar los frutos de la fe. Los creyentes hebreos no eran falsos creyentes porque habían mostrado evidencias reales de poseer la fe sobrenatural que da el Espíritu Santo a los escogidos por gracia. Ellos habían sufrido por Cristo con el pleno gozo

² Kistemaker, Simon. Hebreos. Página 274

de saberse bienaventurados, habían amado a los hermanos más pequeños y se caracterizaron por las buenas obras. ¿Puedes ver en tu vida los frutos de la verdadera conversión? Tal vez no sean frutos abundantes, y de un tiempo para acá experimentas apatía hacia las cosas espirituales. Pero quiero invitarte para que mires el comienzo de tu vida cristiana. ¿No fuiste afrentado por tu propia familia? ¿Tus amistades no te insistieron para que abandonaras la fe cristiana y continuaras participando de su vida de pecado? Pues, recuerda estos sufrimientos y cómo estuviste dispuesto a continuar la carrera. Esta fuerza para avanzar en medio de la oposición, no provenía de ti, sino de la gracia de Dios que produce el querer como el hacer, por lo tanto, sigue confiando en esa gracia para que con más ánimo, esfuerzo y valor, continúes la carrera que tenemos por delante, y un día, escucharemos la voz del Señor que nos dirá “*Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor*” (Mt. 25:21).